

Romain Rolland.

EL “ADIOS AL PASADO” DE ROMAIN ROLLAND

SENSACIONALES DECLARACIONES DEL AUTOR DE «JUAN
CRISTÓBAL»

TRATASE de una suerte de Revelación y de Justificación póstumas del célebre pacifista, por haber escrito su terrible AU DESSUS DE LA MELEE, que le conquistó tantos odios y tantas enemistades gratuitas; y por haber permanecido, él, francés de Borgoña, durante la contienda homicida de hombres y de pueblos, «Au dessus de la mêlée».

La colaboración que va a leerse, es de lectura fácil y apasionante, por el tono profundo de sus páginas—como bañadas en sangre—, por su acento humano y dolorido de alta justicia,—acento magno de sinfonía—, y por los datos inéditos sobre las responsabilidades y sobre los grandes culpables, y sobre los horribles crímenes de la pasada guerra. «Ave Caesar, morituri te salutan (Ave Caesar, los que quieren vivir te saludan...)

Sólo un espíritu de la grandeza infinita de Romain Rolland,—un auténtico AMICUS HUMANI GENERIS—era capaz de atreverse a revelar URBI ET ORBI lo que ningún hijo de Galia, lo que ningún europeo, había osado decir hasta ahora.

Léanse estos capítulos de las memorias inéditas de esta vida Ejemplar, como Testamento y Confesión de la figura más pura de Europa. El, el atacado, el combatido, ataca y combate a su vez, con mano enhiesta, rompiendo lanzas contra hombres e ideas de su tiempo. Se trata de salvar el Espíritu. Y en la ruda ofensiva, él asume todas sus responsabilidades.—París, Julio 1931.—CARLOS DEAMBROSIS-MARTINS.

Estas páginas han sido escritas en ocasión de las ediciones extranjeras de mis libros de artículos durante la guerra: *Au dessus de la Mêlée* y *Los Precursores*. Pero, escribiéndolas fuí inducido a repasar en mi espíritu el camino que había recorrido, no tan sólo durante la guerra, sino después—de 1914 a 1931. Mis reflexiones se organizaron en un capítulo que tomará probablemente su lugar en un libro de *Confesiones* (saldrá después de mi muerte), que intitulo: *El Viaje Interior*.

El fragmento que publico hoy constituye la primera parte del capítulo, la que va de 1914 a 1919. Que se me disculpe el tono demasiado personal. Pero debe recordarse que se trata de una *Introducción* a un libro que presenta y explica su autor. Y en segundo lugar, el tema no es un juego. El tema, para el autor, fué un combate. He sido atacado. Ataco. Y asumo mis responsabilidades.

R. R.

RECIENTEMENTE he tenido que volver a leer la doble serie de artículos escritos entre los años de 1914 y de 1919 que se han reunido con dos títulos diferentes: *Au-dessus de la Mêlée* y *Los Precursores* aunque forman una misma serie de pensamientos que son actos y que, como tales, removieron las pasiones de la época. He recorrido, también, mi *Diario* de aquel tiempo, cuyos treinta cuadernos inéditos encierran una documentación y una meditación continuas, formando el comentario de los artículos y la clave del drama interior. Salgo de allí como de un rudo viaje de larga duración, que no ha terminado con la guerra sino que continúa desde hace diez y siete años.

¡Ah! casi no se lo figuran los que, habiendo perdido mis huellas en 1914 creen haberseme reunido, cuando al cabo de diez y siete años llegan por fin al punto de donde yo partí cuando escribía, en Septiembre de

1914, *Au-dessus de la Mêlée!* Eso no era más que el principio de una marcha sin descanso, durante la cual he sembrado mi camino de prejuicios arrancados de ilusiones despojadas, de amistades barridas... ¡Y no he llegado al fin! Cuando llega uno se encuentra completamente desnudo.

Algún día contaré, si tengo tiempo, el viaje completo de 1914 a 1930. Es una Confesión en la que podrá contemplarse toda la generación de una clase de Occidente que va a terminar esa burguesía gobernante cuya putrefacta ideología habremos contribuído a destruir para dejar sitio a los retoños jóvenes y vigorosos de un mundo nuevo. Pero, por hoy, me limito a volver a trazar el movimiento del espíritu que evolucionó durante los cuatro años de la guerra. Puesto que alguien ha dicho que «el principio es más de la mitad». Por muy tímidos que nos parezcan después los primeros pasos, son ellos los que han decidido todo lo que sigue. La suerte está echada. ¡Anda! Ahora ya no se te permite que te pares....

¡El hombre que se puso en camino en los primeros días de Agosto de 1914, no podía prever todo lo que iba a dejar y todo lo que iba a encontrar, los horizontes perdidos y los horizontes abiertos! ¡El viajero venía de lejos!... Viene de aquella vieja burguesía francesa, de las viejas provincias francesas, nutrida con la doble religión laica de la Patria y de la Revolución (¡la única Revolución, la del 89! La burguesía francesa ignora las anteriores y niega las posteriores. Puesto que la del 89—*la suya*—le ha hecho llegar a la cumbre del Destino, juzga que se ha cumplido el Destino: la Revolución está remachada....)

De estas dos religiones, unidas bajo el cañón de Valmy, al canto de la *Marsellesa*, la una, la Patria, acababa, en su infancia, de templar de nuevo sus energías cansadas, en el baño de sangre de 1870. Tenía su altar en la estatua, velada, de Estrasburgo, de la plaza

de la Concordia. Tenía sus letanías en las que a diario se salmodiaba la palabra *Desquite*. La otra, la República, estaba, desde el presidente Grevy y su yerno Wilson, en sus muebles, rica, rentista y condecorada (Hasta traficaba con sus decoraciones). Era el culto oficial sentado definitivamente en el sillón del Estado, y cuya consagración, fué, en 1889, la apoteosis de la Bastilla tomada, cien años antes, por la gran burguesía, que la había reconstruido como caja de caudales. En la Iglesia de la República había reinado siempre una ordenada confusión. ¡Esto no era de ayer! Hay que recordarlo: la República del 89 ha sido estafada desde el cuchillo de Termidor, por los sinietros aventureros que hicieron el Directorio y por Napoleón I. Pero ha seguido siendo, con perseverancia, método y solemnidad, para los hijos, nietos y biznietos de los Girondinos y de los Jacobinos reconciliados, ante los saqueos y los bienes denominados *nacionales* de aquellos, a quienes habían guillotinado. Ahora que estaban cebados, habían aplastado conscientemente a los *flacos* de la Comuna y se vendían en Panamá. Bien se comprende que con el catecismo cívico enseñado en la diócesis de tales vicarios floreciese el Señor Loyal (leal) y su buen maestro Tartufo! Era yo entonces joven y profesor que tenía que enseñar, en aquellos tiempos *panámicos* los programas de Moral laica y no pude hacerlo más de un año. Pero ¡qué de generaciones han tenido que ingurgitar estos principios adulterados! La mentira de las ideas se ostenta en los muros, con la triple inscripción fatídica: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. ¡Y, sin embargo, y sin embargo! ¡Cuánta buena gente cree en ello con toda la sencillez de su corazón! Su estrella les había evitado el riesgo de poner, a sus *buenos Dioses*, a prueba. En las épocas tranquilas esa es la suerte ordinaria de la burguesía media que va con su trotecillo, mo-

desta, honrada, trabajadora, encerrada, sin horizontes, sin choques. . . .

Vino el choque sin anunciarse. Fué el choque repentino del *affaire* Dreyfus. Los dos ídolos acoplados, Patria, Revolución se hicieron frente cual dos tigres. Vióse desgarrarse las caretas oficiales y surgir durante un momento los verdaderos rostros de Justicia, Libertad y también de la Fuerza—Las dos fuerzas: la Revolución, el Ejército— por todos lados violencia. El viento de la Verdad, es, para un pueblo que no está acostumbrado a él, peligroso de soportar. Durante algunos meses, Francia deliró ante la ráfaga y pareció que cruzía todo; algunos cerebros no se repusieron nunca. Ya no se conseguía poner de acuerdo las fées que habían chocado y ninguna de las dos podía resignarse. Pero como querían vivir y como no tenían fuerza para prolongar hasta el fondo del problema, un acuerdo tácito puso un término aparente a la crisis. Hicieron, sin palabras, un convenio entre los dos ídolos enemigos igualmente disfrazados que sentían la necesidad del apoyo mutuo. Y se le reforzó, agotado por el esfuerzo, en el lecho de plumas del compromiso de ideas. Compromiso de la patria, de la justicia, de la libertad y de la civilización cuyo pabellón cubría los ardides del Dinero, amo de la política, la traición de los tratados secretos que disponían de los pueblos, y el pillaje desvergonzado, por las grandes potencias del resto de la tierra.

Contra este compromiso, nos levantamos un puñado de hombres jóvenes—(entre ellos estaba yo con Peguy)—en los alrededores de 1900. Una embriaguez de pureza y de verdad estoica, desinteresada, abrazaba con su blanco fuego a lo más escogido de Francia, marcado con el sello de Beethoven y de *Resurrección*. Los *Cuadernos de la Quincena* atacaban intrépidamente las mentiras de la política y los crímenes de la civilización. Antes de haber tenido tiempo de es-

coger maduramente entre estas grandes ideas: Patria, Humanidad de que estamos llenos, o de ponerlas de acuerdo, queríamos vengarlas de las profanaciones, arrojar a los mercaderes del templo, y purificar el culto de las dos Diosas Madres que para nosotros eran hermanas. Juan Cristóbal y Peguy alababan con todas sus fuerzas la mística de la acción, la religión heroica de la Vida que se sacrifica por su fe,—sea cual fuere.

Cualquiera que haya bebido en estas fuentes no ha renegado de ellas. Juan Ricardo Bloch en un libro reciente: *Destino del Siglo* (1931), cuenta:

«Toda nuestra adolescencia estuvo sellada con una palabra que era nuestra divisa, nuestra razón de ser, nuestra señal de reunión: Servir... Esta palabra que domina toda la vida espiritual de Tolstoy... Juan Cristóbal ha contribuido con Peguy con la mística de los años *Dreyfusianos* a construir en derredor nuestro una fortaleza de obligaciones humanas y de deberes morales... Nuestro ideal ha sido una servidumbre voluntaria. Lo más grave es que esta lección haya contribuido a convertirnos en 1914, en súbditos consentidores....»

Juan Ricardo, que añade que: «casi el único que se escapó de ese exceso de sumisión fui yo, porque siendo mucho más profundamente *Tolstoliano* había hallado en la otra orilla de la servidumbre, la autonomía y la ardiente soledad de la conciencia religiosa», debo imaginar con que estremecimiento ví en Agosto o Septiembre de 1914 a mis amigos, a mis hermanos jóvenes meterse en el río que Cristóbal había atravesado... ¿No le habían seguido? Sí, le habían seguido y le había faltado tiempo para hacerlos pasar al otro lado... He aquí la noble carta que me escribía el 25 de Agosto de 1914 la madre de uno de ellos, un muchacho de 22 a 23 años, bueno, generoso, encantador, muerto en una de las primeras escaramuzas, en Lo-

rena: «Una bala alemana acaba de matar a nuestro hijo. Antes de su partida me había expresado varias veces su deseo de escribiros. No sé si pudo hacerlo, en el último momento; y en la duda, voy a expresaros sus sentimientos y los de varios amigos suyos que acaso hayan muerto también. Toda esta hermosa juventud había hallado en vuestros libros la fuerza y el heroísmo, que el espíritu crítico, tan desarrollado por la educación actual, suele ahogar a menudo. Vuestra obra había formado verdaderos discípulos, elevados por vuestro soplo por encima de las simples realidades de la vida, y habéis contribuído poderosamente a darles ese ardor alegre que les ha permitido marchar valientemente sin enternecerse, viendo lo que dejaban tras ellos. La hermosura de su sacrificio tan generosamente cumplido ayudará a los que los lloran a soportar su muerte, así como los males que esta horrible guerra nos prepara. Yo desearía deciros cuanto os deben y expresaros su reconocimiento».

¡Este reconocimiento me destrozó el corazón!....

¡Ah! cuando oía a los Barrés y a los Bourget, extasiarse ante las virtudes del sacrificio que hacía dilatar la guerra, les gritaba, desde el fondo de mi corazón: «Desgraciados! ¡Esas virtudes las habíamos plantado nosotros en el corazón de estos jóvenes héroes! Nosotros somos los que hemos preparado estas víctimas....! Pero no eran para vosotros! ¡No eran para vuestra guerra! Vuestra guerra no ha creado nada. Vuestra guerra los ha matado»....

Y esta es la tragedia del hombre que ha escrito *Au-dessus de la Mêlée*....

Esta heroica generación de 1914 la formaban nuestros hermanos jóvenes, nuestros discípulos, nuestros hijos. Nosotros los habíamos formado. Pero no habíamos tenido tiempo de enseñarles el camino. Y no podíamos. Pues ese camino; ¡confesémoslo! no lo co-

nocíamos. Nos habíamos quedado indecisos hasta última hora en el cruce de las rutas.

Hago confesión de toda una época. ¡No trato de disculparme ni de disculpar a los demás! No había uno solo entre nosotros, que en los primeros días de Agosto hubiese resuelto la confusión mortífera entre los dos ideales: patria, humanidad. No queríamos sacrificar ninguno. Nos engañábamos con la quimera de que podían armonizarse. Nosotros—no me refiero sólo a los intelectuales que zumban como moscas. Me refiero a los hombres de acción, a muchos de los cuales he conocido, y los que luego han representado los primeros papeles en el Estado. Y el mismo Jaurès que hasta el último día no se había decidido entre el ideal romano de la nación armada y los pueblos sublevados que se dan la mano.

Ahora bien, de repente se abrió la sima. . . . ¡Escoger!... Ya es demasiado tarde para escoger. La elección está hecha por nosotros. Y el monstruoso pasado devora a lo porvenir.

Yo estaba entonces en Suiza. Salía de un largo sueño que me embriagaba. Las manos del amor en que se apoyaban mis ojos me habían ocultado las nubes que se amontonaban en aquellos meses de Junio y Julio (¡aquél espléndido estío en que se decidía la muerte de Europa!) Cuando se separaron de mí los dedos de la bien amada, la noche se había hecho en el mundo. La guerra estaba declarada.

Necesité tiempo para hallar mi camino en aquellas tinieblas. Y apenas pensé en guiar allí a los demás. No era ese mi papel ¡Quién era yo! un poeta músico, que tenía a veces presentimientos de *lo porvenir*: (desde antes de cumplir los veinte años, había visto venir la gran catástrofe del mundo de Occidente y en más de una de las obras teatrales que en mi juventud escribí, la mayor parte inéditas, aparece esta obsesión). Pero nunca me había ocupado de política.

Si mi hijo *Juan Cristóbal*, el yo de mis treinta años, había hecho de mi nombre sin que yo lo hubiese querido, un punto de reunión, un fuego en la montaña que arde y no sin humo,—si una juventud francesa había buscado en mí un hermano mayor que le sirviese en cierto modo de guía moral y de compañero (sus cartas lo atestiguan)—en cuanto a la acción social me entregaba a las más calificadas: a aquellas tribus socialistas varias de las cuales eran amigas mías y a las que yo estimaba entonces—a aquellos intelectuales libres, los Anatole France, los Mirbeau, quienes a las horas de las tormentas habían dirigido el asalto contra las masas pesadas de la reacción amenazadora,—a aquellos maestros de las Universidades, mis respetados colegas, cuya lúcida inteligencia, así como sus métodos críticos y el culto que profesaban a la verdad, tuve ocasión de conocerlos de cerca (como alumno y luego como encargado de curso en la Escuela Normal Superior y en la Sorbona) y a quienes presté la independencia de espíritu, la razón impávida.

«impavidum ferient ruinæ... »

A tuestas en la noche, esperaba, esperaba, que se elevase su voz y me dijese: *¡Por aquí!*

Nada ocurrió, sólo se oyó el ruido de los ejércitos y el canto irrisorio de algunos héroes de salón:

«—¡Allez, enfants de la Patrie!»

Todos habían abdicado y Jaurès había muerto.

Soledad completa. Las primeras semanas de Agosto no fueron más que un diálogo trágico conmigo mismo, un examen de conciencia, un retiro con Dios. Necesitaba comprobar que de nuestras dos Diosas, Patria y Humanidad, la una lo había devorado todo. Y la otra había sido olvidada... ¿Soy yo el único que lo cree aún? Y puesto que ninguno habla, ninguno de sus devotos de la víspera, ¿será necesario que hable yo? ¿Pero qué diré? ¿Con qué derecho?, y ¿quién querrá oírme?... En esto recibo las primeras cartas

de mis amigos que se van a los combates. Todos se alegran, todos se sienten sublevados por la fe en la *Kali* francesa de mil cabezas, la Patria del tiempo pasado y del venidero, de los reyes, de las repúblicas, de las cruzadas, de las catedrales y de las Revoluciones. Con fecha 10 de Agosto escribo en mi Diario:

«¿Qué puedo hacer yo? ¡Todos quieren esta guerra! Están muy contentos con derramar su sangre en su altar. Ya no quiero compadecerlos. ¡Qué se cumplan los Destinos! Pero mi corazón no dará cabida al odio».

«De profundis clamans... Desde el abismo de los odios, elevaré hacia ti mi canto, divina Paz.»

En aquellos días (del 15 al 25 de Agosto) escribí mi Oda: Ara Pacis. Es mi primogénito de la guerra. Pero me quedo con el niño para mí. ¿Quién otro querría escuchar su canción? No me arriesgué a dejarla oír sino más de un año después, por Navidad de 1915 en los periódicos suizos. Y no produjo entonces más que groseras risas burlonas.

Sin embargo cada día acumulábanse más desastres y el alma se abrumaba más. Bélgica ardiendo, Francia invadida. Parecía que todo se lo tragaba la tierra: los amigos, la patria y la civilización. Y uno sentíase también tragado con ellos. Bruscamente un crimen más grande que los otros arranca un grito de horror: ésta es la carta a Gerhard Hauptmann (29 Agosto-10 Septiembre). Pero se percibe una rebelión contra algo más que un ejército, contra algo más que una nación, contra el Dios de nuestros padres, en quien hemos creído, en contra del viejo «Dios envidioso» ¡«Patria, ídolo sangriento»!

Veo la horrible locura, la asechanza infame en que se ha atraído a la hermosa juventud de Europa y a su alma ávida de abnegación. Estoy profundamente impresionado por la gran oposición entre la grandeza del sacrificio y la ignominia del objeto. Siéntome desgarrado entre el piadoso respeto por los que van a

morir y la sublevación contra los que los matan, los criminales directores y esos siniestros intelectuales que de uno a otro campo han comenzado ya, por encima de los combatientes, su abyecto duelo (porque están resguardados).

En estas condiciones fué, cuando durante la batalla del Marne, escribí (11-12 de Septiembre) y leí a mi amigo ginebrino Pablo Seippel las páginas tituladas *Au-dessus de la Mêlée*.

Hoy vuelvo a leer este saludo a la juventud sacrificada, «que nos venga de los años de escepticismo y de debilidad egoísta»; lo pienso aún y nunca renegaré de ello. Durante mi adolescencia he sufrido mucho en los años de bajo egoísmo social, de oportunismo, de corrupción parlamentaria y literaria, entre 1880 y 1895, en París, para no saludar a los hermanos más vigorosos de mi pequeño Aert, que corren al sacrificio. Si este sacrificio no hubiera sido tan puro (a lo menos entre los estogidos) no hubiese sido tan trágico el ver cómo lo echaban a perder los amos del poder y de la opinión. Al abrazar a los que van cantando, al martirio, he lanzado mi acusación contra sus asesinos (conscientes o inconscientes) tribunos, pensadores, Iglesias y Gobiernos. Y eso fué lo que levantó contra mí sus furores: los criminales se reconocieron y se sintieron heridos. . . .

¿Qué más podía hacer yo? ¿Qué podía hacer en aquella ocasión un hombre débil y aislado? Los diques estaban rotos, Europa estaba ya inundada. Y mi artículo profetizaba la ruina de Europa. Anunciaba también las Revoluciones, la caída de los Imperios: en primer lugar el de Alemania. . . «Al zarismo también le llegaría su turno. . . .»

La única esperanza de acción que me estaba permitida era la de reunir a los escasos independientes «rarinantes» para tratar de defender por lo menos la libertad del espíritu y de humanizar la guerra cuanto

fuera posible. Aun no había realizado por la experiencia la incompatibilidad de los dos términos: «guerra» y lo que sea de «humano».

Mis palabras de paz, por mesuradas que fuesen—publicadas el 22 y 23 de Septiembre en el *Diario de Ginebra*—cayeron sin eco, en lo más fuerte de los combates librados en el Aisne hacía diez días, y de los furros levantados por el incendio de Reims. No se los podía oír en Francia sino más de un mes después. Y entonces hallarían una Francia cambiada.

Lo que me había sostenido aún durante los dos primeros meses, era la relativa moderación de los escritos franceses, comparada con el delirio inaudito que se manifestaba en las cartas y en los escritos alemanes. Y era también—sobre todo— ¿diré que la creencia o solamente la esperanza? (pues la confianza estaba minada) de que los mayores culpables no estaban del lado de los Aliados, excepto Rusia.

No tardé en desengañarme.

«Ese odio asesino, inspirado por retadores sin peligros»—que desde el 1.º de Septiembre (*Diario íntimo*) rechacé, con disgusto, en presencia de Barrès—extendía su infección por casi toda la prensa francesa y más allá por el pensamiento de casi toda la nación. Al principio había creído en un extravío pasajero. Se convirtió en calculado, y más atroz a medida que el primero retrocedía. El peligro más mortal. La bestia salvaje se vengaba de su miedo. Entre el 20 y el 25 Septiembre escribí reflexiones amargas y desengañadas sobre la potencia del ciclón y «la medida exacta de las almas de hoy»...

«Esta crisis me muestra la verdadera naturaleza de los hombres a quienes yo creía conocer mejor. La careta cae; y donde yo pensaba ver el rostro humano y

afectuoso de amigos queridos, aparecen los colmillos y la baba de lobeznos.»

Pero los lobos viejos eran peores; Barrès conducía la jauría, y Anatole France, asustado, decía algunas palabras generosas, esforzándose con su voz de septuagenario, para ladrar con los demás y lloraba por alistarse (28 Septiembre)

Yo no esperaba nada de Europa «Europa es un manicomio. Todos creen que son el Dios Padre...» (Diario 28 Septiembre).

Y el 1.º de Octubre cuatro años antes que los demás —buscando fuera el árbitro, escribí al presidente Wilson:

«Señor Presidente: En esta guerra nefasta, cuyo resultado, sea cual fuere, será la ruina de Europa, los que tienen el triste privilegio de escapar a las pasiones de la refriega, dirigen la vista hacia vuestro país y hacia vos. ¡Pronto podríais hacer oír vuestra voz justa y firme, en medio de los hermanos enemigos! No va en ello tan sólo el interés de los pueblos que están luchando sino el de la civilización entera amenazada por estas luchas sacrílegas. ¡Qué los Estados Unidos de América recuerden a la Europa demente que ningún pueblo tiene derecho, para satisfacer su orgullo y sus odios, a estremecer el edificio del progreso humano que ha necesitado tantos siglos de ingenio y de penas para elevarse!»

Inútil es añadir que el hombre de la Casa Blanca no me respondió.

El 6 de Octubre, al salir de Vevey para Ginebra, a donde iba a ponerme al servicio de la Cruz Roja Internacional y a trabajar en la Agencia de los Prisioneros de guerra, que fundó en aquellos días la Cruz Roja, escribía yo:

«¡Qué revelación me ha hecho esta crisis respecto a los hombres y principalmente respecto a los más escogidos de los intelectuales! ¡Cómo, pensadores tan

orgullosos, tan celosos de su razón, tan penetrados de los grandes principios de libertad y de humanidad han renegado de ellos tan rápida y totalmente y los han pisoteado! Yo no los olvidaré más tarde, cuando les vea enseñar de nuevo, una vez vuelta la paz, su pensamiento libre y fraternal a todo lo humano. ¡Esto no les costará casi nada! No tienen valor para defenderla una hora contra el asalto de la bestialidad despierta! ¡Qué débiles sois, amigos míos!»

Estas palabras son de actualidad aun hoy en que el pacifismo se ha convertido en el «color de moda», pues sirve los intereses de los poderes directores: Política y Dinero. He tenido la irónica satisfacción de ver a algunos de aquellos a quienes noté entonces la débil y total abdicación, darme arrogantemente en estos días sin peligro, bajo la égida de los poderes oficiales interesados en el restablecimiento de los negocios—darme, digo, lecciones de valor cívico y de paz.



En medio de mis trabajos en la Agencia de los Prisioneros, escribía yo, en Octubre, dos artículos: *Del mal al menos* e *Inter arma caritas*. Hoy parecerían pálidos. No combatían más que el odio—no la guerra—y lo combatían sobre todo en las filas del enemigo. Los furores del orgullo demente de Alemania en aquellos meses, ensordecían al mundo con una serie de artículos, de llamadas y de torpes direcciones, en donde se señalaban los nombres más grandes y a quienes no hubiese esperado uno hallarlos contagiados. El discípulo eminente de Stefan George, el goetiano Friedrich Gundolf escribía que «Atila tiene más que hacer con la Kultur que todos los Shaw, Maeterlinck y d'Annunzio juntos» y que Europa está «gastada» excepto naturalmente, Alemania que «teniendo la fuerza de crear, tiene el derecho de destruir» y Thomas Ma

en sus espantosas «Gedanken im Kriege» ultrajaba villanamente a Francia burlándose de la emoción y del calor producidos por las devastaciones alemanas (en particular, por los destrozos causados en la catedral de Reims) y hacia la apología del militarismo alemán, identificando su causa con la de la Kultur. Era, pues, comprensible que en mis páginas de Octubre-Noviembre de 1914 hubiese reaccionado vigorosamente contra los desbordamientos de aquella *Uebermenschheit* alemana. Pero en ellas alabo demasiado la razón francesa, cuyo profundo desorden no sospechaba aún. De todos modos es un hecho que mis artículos pecan evidentemente por su parcialidad en favor de Francia.

¡Ahora bien, obsérvese que precisamente esos artículos son los que han levantado contra mí la tempestad de odio y de lodo! Ya no era solamente Bourget, quien celebraba «el Cristo y la guerra eterna» o Federico Masson, quien en el *Eco de París* (5 de Octubre) pisoteaba a los genios alemanes y quería que la música se redujese, por decreto, al canto del Rhin alemán y a la Marsellesa. La Universidad laica y jacobina entró en línea y mi colega de la Sorbona, el historiador titular de la Revolución Francesa, Aulard, a quien poco antes habían silbado en la cátedra los partidos de la reacción fué quien desencadenó la campaña de ataques contra mí. Él fué el primero que me denunció públicamente en un artículo de *Le Matin* el 23 de Octubre, haciéndome el honor de desolidarizarse de mí en nombre de la Sorbona. Desde el día siguiente: *La Acción Francesa* el *Intransigente* y *La Cruz* todas las reacciones le siguieron los pasos. Era la Unión Sagrada: Aulard, Daudet, y *La Cruz!* Me siento orgulloso de haberla estrenado. Pero en el primer momento, lo confieso, caí de mi altura. *La Cruz* me soltó este venablo (lo colgué en la pared como trofeo de campañas): «En el *Diario de Ginebra* el suizo Romain Rolland que ha enseñado ha poco en la Sorbona, a título

extranjero, cursos retribuidos libremente por sus alumnos trata con dulzura a sus amigos alemanes» y censura vigorosamente a los aliados que «conmueven los pilares de la civilización» ayudados por los cosacos, los marroquíes, los sudaneses, los Sokhs. El mismo señor Aulard, el pacifista de antaño, no duda en difamar en *Le Matin* a este pilar de la impudicia que se cree un pilar de la civilización».

Mis amigos enloquecidos (los pocos que no me habían abandonado a la primera alarma)—me suplicaban que me callase o que me retractase. Mi editor asustado me escribía que, de la noche a la mañana los librereros boycoteaban a Juan Cristóbal y me conjuraba que escribiese un artículo de retractación. El correo me traía todas las mañanas para desayuno infinidad de insultos y de amenazas anónimas que me prometían la misma suerte de Jaurés y me intimaban a cambiar mi apellido de Rolland con el de Ganelón. Toda la turba literaria a quien había flagelado en *La Feria de la Plaza* aprovechaba la ocasión para hacer que la opinión me acuchillase. Un colega cortés, Alfredo Capus me ofrecía publicar mis explicaciones en el *Fígaro*. Escribí la «Carta a los que me acusan» (reproducida ahora en la colección de artículos: *Aú-dessus de la Mêlée*. ¡Qué se fijen en la fecha: 17 de Noviembre de 1914! Las acusaciones se dirigían, pues, contra los artículos llenos aún de atenciones y de piedad para la patria, que van hasta *Inter arma caritas* (30 de Octubre) y a la pequeña elegida heroica, en honor de Bélgica: «Al Pueblo que sufre por la justicia (2 de Noviembre). Hoy siento más que entonces la infamia o el *delirium tremens* de esas acusaciones. Mi respuesta a los acusadores no retractaba ni una palabra. Volvía a afirmar más enérgicamente lo que había escrito. Mantenía contra todos, mis amistades alemanas y mi negativa a englobar al pueblo alemán en el juicio contra sus jefes. Pasaba a la ofensiva contra los exci-

tadores intelectuales del odio en Francia; y una frase, entre otras, cuando se publicó, los enfureció más: aquella en que anunciaba a esos siniestros comediantes de «la guerra eterna» que algún día ellos serían los primeros en «estrechar la mano» de sus vecinos del otro lado del Rhin «para sus negocios». (Bien sabe Dios que no han dejado de hacerlo desde hace diez años! Los peores nacionalistas franceses de 1915 se han convertido hoy en los enredadores de negocios en común con los peores nacionalistas negociantes de Alemania). Pero lo que menos se perdona, es precisamente el decir lo que será.

Los amigos estaban consternados. El editor me escribió:

«Esto no es publicable. El efecto sería deplorable. De acuerdo con Capus y con los amigos a quienes he consultado encuentro que el artículo es mucho más peligroso que los que han hecho arder el polvorín... Le suplico que no lo publique ni aun en el extranjero... Deje usted que los demás defiendan su proceso; que tendrán la suerte de conseguir que le absuelvan a usted.»

No esperé al día siguiente para replicar (24 de Noviembre) que «si mis amigos buscaban circunstancias atenuantes, me vería forzado a desautorizarlos... Reivindicaba mis pensamientos y mi derecho a decirlos. No prometo callarme nada, en lo porvenir. Si viese que mi país cometía una injusticia, antes que ser su cómplice con mi silencio, perdería la vida... No quiero disculpas. Sería una vergüenza para mi Francia que los sentimientos generosos pudiesen parecerle peligrosos... Defendiendo a Francia contra sus ciegos furores, defiende mi honor. Y algún día se alegrará de que me haya conservado fiel, aun contra ella, a sus tradiciones de justicia y de humanidad».

Y para afirmar mi resolución escribí *Los Idolos* (4 de Diciembre)—que de todos estos primeros ar-

títulos, fué en el que traté con menos consideración a los intelectuales franceses. . . .

«No me enorgullezco tampoco de los intelectuales franceses. . . La debilidad inaudita con que los jefes del pensamiento han abdicado por todas partes, ante la locura colectiva, ha aprobado bien que no eran caracteres. . . .»

La patria es tratada allí de «ídolo» y el ídolo democrático que los Aliados habían pretendido alistar en su guerra del Derecho no es respetado ya. . . .

«¿Quién romperá los ídolos?» A todos; patria, democracia, religión, cultura o civilización, opongo yo «la violeta silvestre de la libertad».

En adelante, los puentes, están dispuestos a romperse. Mis mejores amigos que hasta entonces me defendían contra la opinión y contra ellos mismos, dejan caer las armas desanimados. La más querida me escribía que al leer *Los Idolos* «le había dado un vuelco el corazón». Y mi madre me advertía desde París que «los Idolos» habían cambiado completamente la opinión de mis amigos en contra mía» (20 de Diciembre).

Y, sin embargo, aquel mismo día, 20 de Diciembre de 1914, leo en mi *Diario* que, por primera vez, desde el mes de Julio, he vuelto a poner las manos en el piano. «¡Desde hacía cinco meses había renunciado a mi compañera de todas las noches, la música; mi pensamiento no podía desprenderse del horror de los tiempos, y rehusaba toda diversión. El 20 de Diciembre escribí con amarga serenidad:

«Empiezo a desinteresarme de la ruina de estos pueblos que la quieren y que hasta parecen tener gusto en ella. Ya no combato por ellos, sino por el honor. Esta noche he tocado algo del querido Mozart y algunas melodías religiosas de los viejos alemanes.»

(¡Si lo hubiera sabido Federico Masson me hubiese acusado de traición!)

¿Qué había pasado para provocar este reverdecimiento del corazón?

Habían ocurrido dos hechos en Diciembre:

El uno que la ola de odio había roto con una violencia tan espantosa como jamás la había alcanzado aún y que me era tanto más insostenible que, para Francia, se había amortiguado el peligro. Los pensadores más independientes y más altos se habían unido al coro: Bergson y Remy de Gourmont que había entonado solemnemente su *mea culpa*. Y el rey de la jauría Barrès, lleno de rabia arrojábase a la garganta no sólo de los alemanes, sino de los pacifistas franceses. Tras él, Andrés Beaunier, Luis Bertrand, Emilio Picard, negaban el genio científico de los alemanes, la Academia de Ciencias, la Universidad católica de París, con su rector Baudrillart. La situación moral habíase modificado completamente. Al mismo tiempo la Academia de Ciencias de Berlín condenaba por unanimidad las declaraciones alucinadas de uno de sus miembros, el profesor Lasson y el Senado de la Universidad de Leipzig infligía a Ostwald un noble mentís. Alemania volvía a la moderación intelectual, a la hora precisa en que Francia se separaba de ella, con una furia calculada. Escribo, pensándola, esta palabra *calculada*; pues todas mis informaciones personales, las confidencias que recibía de Francia, me mostraban la laxitud infinita del pueblo de Francia, su sed de paz, y contra esto era contra lo que la jauría feroz de la prensa reaccionaba por orden y por instinto. Me disgusta tener que expresarme con dureza respecto de un hombre, cuyo arte estimo, a falta de carácter. Pero cómo calificar la alegría atroz con que Barrès saboreaba por anticipado la muerte lenta de Alemania «¡reducida a la desesperación... la innumerable Rusia que le mata y le matará centenares de guerreros rubios de ojos azules, la perfección del bloqueo en el que Alemania acosada por los fran-

ceses y los rusos, acabará por morir! . . . «Diez y seis años después, mi corazón se subleva aún de disgusto y de aversión contra este hombre y su sadismo patriótico. Le niego el derecho de representar a Francia. ¡Sea de la raza que fuere, yo no soy de su raza. No hay nada de común entre los bebedores de sangre y yo!

Pero el colmo fué que la Suiza francesa se esforzó por concertar su lira con estos gritos. El 23 de Diciembre me ví reprendido en la *Tribuna* de Lausanne por Renato Payot que me infligía esta lección escandalizada de la que he saboreado—(mis lectores de hoy, también, espero)—la neutralidad y el a propósito: «¡Leyéndolo podría uno creer que el autor quiere ser ante todo un ciudadano de la humanidad! . . . El *Diario de Ginebra* intimidado por los atáques de que yo era objeto en *Le Temps* (17 de Diciembre) y en la gran sorpresa de París, me trataba con frialdad, vejado de que le hubiese comprometido y recibía en la ciudad suiza en donde vivía cartas como ésta de una dulce ginebrina que suspiraba:

«¡Sería necesario destruir a todos los alemanes, ¡Oh, Europa sin ellos! ¡Qué paz, qué alegría! . . .»

¡Pero aún había más! En aquellos días abriéronse mis ojos. Empecé a descubrir las responsabilidades de los Aliados. Hacia fines de Diciembre de 1914 leyendo el *Libro Azul* inglés asistí con estupor a las entrevistas, el 1.º de Agosto precedente, de Sir E. Grey con el embajador de Alemania; ésta ofrecía a la Gran Bretaña, contra promesa de su neutralidad, la garantía de la integridad de Francia y de su imperio colonial; y Grey, cautelosamente se negó a decir ni si, ni no, dejando a Alemania enloquecida, caer en el lazo preparado: la enorme bestia acorralada, hacía irrupción en Bélgica; y éste era el *casus belli* acechado, el único capaz de arrancar el consentimiento de la nación inglesa para la aventura a que la empujaban sus gobernantes.

tes. . . . Y quiero que esta interpretación de la política criminalmente indecisa de Sir. Ed. Grey se pueda comprobar (aunque la he visto luego repetida por historiadores ingleses de *l'Unión of democratic Control*, sin que hubiésemos hablado una palabra). Pero el hecho psicológico, fué para mí, que desde aquel día entró la sospecha en mi espíritu. Y no ha salido de él. Yo había olfateado el crimen común de toda Europa en guerra, la responsabilidad colectiva de todos los Estados. El 11 de Febrero escribí:

«He hecho el descubrimiento, poco a poco, con esto, que no era solamente Alemania la que mentía. ahora me parece que la responsabilidad se halla repartida, en diferentes grados entre todas las potencias en conflicto. ¿Quién sabe si Alemania habrá sido la más criminal de intención? Pero su gran torpeza ha hecho que sea la más criminal de hecho.»

La vuelta de los años de 1914 y 1915 ha marcado para mí una ruda vuelta del pensamiento. ¡Puede creerse que no fué cosa sin importancia! Necesité días y meses de agonía, para dar a luz un nuevo ser. Jornadas sombrías. Angustia del corazón y del espíritu, en que oía, «me cubriría el rostro y trataría de saborear la muerte».

Pero el beso me ha devuelto más de una vez el gusto de la vida. La muerte es también una buena compañera, como la música. En las horas decisivas, cuando el camino parece cerrado nos coge de la mano y nos dice: *janda!*

Yo he vuelto a emprender la marcha. Y he formado en el desfile. Pero me ha sido preciso a mi vuelta despedirme del tiempo pasado. La mayor parte de los amigos de entonces no me habían esperado para dejarme. Pero al otro lado de la montaña encontré a otros

amigos. Varios habían corrido ya contra el viento,— como hacen los valientes emigrantes.

De estas voces del aire, la primera que respondió desde lejos, al grito de llamada de *Au-dessus de la Mêlée* fué Eleonora Duse. Algunas líneas con lápiz desde Roma, 13 de Octubre 1914.

«¡Que vuestro corazón se consuele con vuestras mismas palabras!. . . . *¡Au-dessus de la Mêlée!* ¡Seguid hablando! Podéis hacerlo.»

Y desde el otro extremo de Europa, pronto la voz de otra mujer: Ellen Key (18 de Diciembre).

Pero en el intervalo habían llegado voces de Francia. La ofensiva de Aulard y de la prensa parisiense me habían prestado el servicio de llevar mis palabras al fondo de la soledad desanimada de franceses, que sin los ataques, quizá las hubiesen ignorado. Ví tenderse hacia mí las manos primero de Marcelo Martinet (24 de Octubre), de Amadeo Dunois (31 de Octubre), del viejo amigo de Tolstoy, Pablo Birukoff (4 de Noviembre); Daudin, profesor de filosofía en Burdeos; Enrique Guilbeaux, que el 13 de Noviembre, me dirigía una *Carta Abierta* en la *Batalla Sindicalista*; Chauvelon profesor del Liceo Voltaire, P. J. Jouve (25 Noviembre), Mercereau, Jorge Pioch, Fernando Desprès, Frantz Jourdain, Eduardo Dujardin, Gustavo Dupin, Santiago Mesnil, Bazalgette, Emilio Masson, Gastón Thiesson, Edmundo Privat, Feliciano Challaye, etc. *La Ghilde de los Herreros*, agrupaba el 22 de Noviembre, misteriosamente en París, como en las Catacumbas, la primera iglesia de los que negaban su alma a la guerra.

En Inglaterra, donde se reclutaba activamente la *Unión of Democratic Control* de Treveylan, E. D. Moral, Norman Angell, Bertrand Russell etc. el *Cambridge Magazine* publicaba el 14 de Noviembre *Above the battle field*, que se repartió en seguida en un folleto; y se entablaron discusiones apasionadas en don-

de los jóvenes combatientes mostraban la más generosa humanidad.

Y el 22 de Marzo de 1915, a la vuelta de la primavera, recibía de Berlín un gran mensaje, el saludo de A. Einstein:

«He tenido conocimiento, por los periódicos, del valor con que os habéis expuesto, para disipar las equivocaciones tan penosas que separan al pueblo francés y al pueblo alemán. Le expreso mi calurosa simpatía. ¡Que vuestro ejemplo despierte a otros hombres excelentes de la ceguedad incomprensible para mí, que ha herido a tantos espíritus, hasta ahora sanos y seguros como una epidemia! ¿Podrán los siglos futuros glorificar a nuestra Europa, en donde tres siglos del más intenso trabajo cultural no han conducido a nada más que a pasar de la locura religiosa a la locura nacionalista? Hasta los sabios de los diferentes países se agitan como si les hubiesen amputado el cerebro hace ocho meses. Pongo a su disposición mis débiles fuerzas, para el caso en que pensara usted que pudiera yo servirle de instrumento, sea por mi situación, sea por mis relaciones con los miembros alemanes y extranjeros de las Academias de Ciencias.»

Un hecho no menos importante para mí se produjo. A fines de Enero de 1915, el futuro comisario de Instrucción pública de los Soviets, Anatole Lounatcharsky vino a verme. Era, digámoslo así, el embajador de lo porvenir—el mensajero de la futura Revolución Rusa, anunciándomela tranquila y formalmente, para el fin de la guerra, como una cosa decidida.

Se comprenderá que yo haya sentido formarse una nueva Europa, una nueva humanidad bajo mis pasos. El 26 de Noviembre de 1914 había escrito a un amigo alemán, que quería negar las verdaderas razones de la guerra:

«¡No se haga usted ilusiones!. . . . No hay más que un medio único de librarse: el desprenderse de la idea

patria. El que quiera la salvación de la civilización humana amenazada tendrá fatalmente que llegar a este acto terrible y necesario.»

Y, en una controversia, muy cortés, pero muy enérgica, con Gabriel Seailles, que algún día se publicará, le dije:

«¡Nuestras almas de transición han sido quebradas por el antagonismo entre ellas de varios ideales contradictorios. Será preciso, sin embargo, escoger, el ideal nacional o el ideal humano! Por mi parte ya sabéis cuán obsesionado estuve, durante un período de mi vida por los recuerdos de la Revolución francesa. Durante muchos años he profesado un culto por estos héroes sangrientos. Pues bien, la crisis actual me ha dado por resultado el relegar decididamente a lo pasado este ideal que hoy es peligrosamente anacrónico y que para hablar sin piedad de la fe de mi juventud, no es una traba menor que el ideal católico para el libre desarrollo del ideal de los nuevos tiempos.»

Por eso, ni la simpatía del verdadero pueblo obrero, ni el odio reaccionario se han equivocado respecto a mi pensamiento. Edmundo Privat—(26 Febrero) Rosmer, (5 de Mayo); Fernando Desprès y otros muchos me habían traído de París la expresión de las simpatías y de la gratitud despertadas por mis artículos en el espíritu de los obreros sindicalistas que se habían conservado fieles a la Internacional. Y el 24 de Abril de 1915, Enrique Massis empezó en *La Opinión* la campaña injuriosa contra mí, que floreció con el libelo: *Romain Rolland contra Francia* (Julio de 1915). Me prestó el mayor servicio. Su torpe animosidad, obtenía de la censura francesa lo que negaba a mis defensores la publicación íntegra de mi *Au-dessus de la Mêlée*. El fanático pensaba de ese modo malquistarme con la opinión; consiguió sembrar en ella mi espíritu mejor que todos mis partidarios juntos. Diez

y seis años después, le envió, irónicamente, las gracias.

Me hubiese alegrado mucho no tener nunca, más que enemigos tan poco inteligentes como éste. Pero mis amigos me hacían sufrir mucho más, como aquel compañero de veinte años que sin haberme leído siquiera, por miedo a comprometerse renegó de mí precipitadamente: o como el honrado y débil Verhaeren—(yo le quise siempre y él me quiere a pesar de todo)—que publicaba por aquellos meses sus poemas de odio infantil. El era el primero en sufrir y en disculparme, pero sin poder desprenderse de ellos. Jamás le confundiré con esos otros bardos repugnantes, como Gabriel d'Annunzio, declamando en Quarto, cerca de Génova (5 de Mayo) su hipócrita *Sermón de la Montaña* que me evoca las predicaciones asesinas del Antecristo de Signorelli, en las murallas de Orvieto—o con esos guerreros, pusilánimes y patrulleros como Anatole France que continuaba tocando el tambor y oponiéndose formalmente a la paz «hasta la destrucción completa» y «al reinado augusto del derecho» (*Le Temps*, 3 de Mayo de 1915).

En esta atmósfera de locura furiosa y senil fué cuando Alemania torpedeaba estúpidamente al Lusitania (7 de Mayo) y cuando Francia se vengaba en los niños de Karlsruhe, bombardeados por sus escuadri-llas de aviones (Junio)—escribía yo: *Nuestro prójimo el enemigo* (15 de Marzo) *Literatura de guerra* (19 de Abril) y *La muerte de los Escogidos*, (14 de Junio). Los ataques de la prensa se multiplicaban. Era un fuego graneado, por ambos lados. *Le Temps* habían encontrado una nueva forma de acusación y en *recoged eso* me acusaba de colaborar en una sociedad alemana: *Neues Vaterland* «máquina de guerra alemana» fabricada, según decía él para desmoralizar a Francia (7 de Julio). Y los alemanes no me perdonaban el haber querido hacerles simpáticos a los franceses, representando a algunos de ellos como mártires de la política

de su gobierno. Un *Amtsrichter* (juez de paz) de Rüdeshain am Rhein, Leo Sternberg, publicaba en Stuttgart un folleto que me insultaba «Die Maske herunter! Eine Antwort an R. R.» (Abajo las caretas! Una respuesta a Romain Rolland»). Un profesor de Giessen, Messer, me acusaba de ser «cómplice de la prolongación de la guerra» ultrajando a su amigo el doctor Klein a quien proclamaba, para honrarle, como partidario consciente y declarado de la violación de la neutralidad belga por los ejércitos alemanes. Y para colmo, una revista internacional que pretendía trabajar en Suiza Alemana, en la reconciliación de los espíritus, se ponía muy contenta publicando esta ruidosa protesta de la patriotería germánica y obligándome a desmentirla.

Ya empezaba a estar harto de todos aquellos locos. En mis notas del 3-7 Julio de 1915—últimos días de mi trabajo en la Agencia Internacional de Prisioneros, escribía:

«Desde hace doce meses me esfuerzo en defender mi espíritu de la justicia y en defender a los que están en el combate; reconozco mi fracaso. La refriega europea se me presenta cada vez más como una crisis cósmica, como un fenómeno de patología colectiva, que tiene sus raíces en las leyes misteriosas de la química de los pueblos y de sus mezclas catastróficas—o tal vez más allá, en una enfermedad del planeta o en una crisis del crecimiento. No hay que hacer más que observar. Dentro de algunos meses me retiraré.»

El 17 de Julio, mandaba a paseo a los ladrones de Alemania y de Francia. Escribía al director de la *Internacional Rundschau* de Zurich, que publicó esta carta:

«Desde hace un año, he sacrificado mi tranquilidad, mis triunfos, mis amistades, a la tarea de combatir a la sinrazón y al odio. He tratado de hacer sentir a los dos pueblos enemigos y especialmente al mío que sus

adversarios son hombres que sufren como él. He buscado, no sin trabajo, en la Alemania de ahora, manifestaciones de pensamiento que despertasen en los corazones franceses un eco de simpatía, pensamientos libres y justos que pudiesen servir de puente sobre el abismo abierto entre las naciones. Con cada artículo sólo he conseguido que me ultrajen ambos países. Por ambos lados he tropezado con la misma falta de comprensión. Los ultrajes no me detuvieron, pero la falta de comprensión acabó por desarmarme. El señor Messer estará satisfecho. Reclama para glorificar a su amigo (según parece) que declare yo, *urbi et orbi*, que este amigo aprobaba los actos de su gobierno y trataba de defender con los argumentos, que acreditaron a Spitteler, la violación de la neutralidad belga. Yo la daré a conocer. Y así se hundirá la estimación que había conquistado por la memoria del doctor Klein. ¡El doctor Messer me echa en cara mi desconocimiento de la lealtad alemana y declara que soy cómplice de la prolongación de la guerra! ¡Esa guerra que he querido que sea menos cruel y más humana, siendo casi el único de los escritores franceses que han tratado de conseguirlo! Era demasiado. Me retiro cansado de la ciega refriega, en donde cada combatiente no escucha más que su propia pasión y repite a los cuatro vientos sus propios argumentos, sin buscar el medio de hacerlos, progresivamente accesibles a los demás. Yo he querido hacerlo por ellos, he intentado lo imposible. No me arrepiento. Mi deber era intentarlo; pero siento la inutilidad de insistir. Me refugio en el arte, que es el retiro inviolable.»

Sin embargo, realicé un último acto. Se había cumplido el año sangriento: llegaba el aniversario de la muerte de Jaurès. Quise honrar a la gran víctima expiatoria, al toro degollado en las gradas del altar. Estos debían ser los *ultima verba* de este ciclo de artículos *Au-dessus de la Mêlée*. Pero lo que no se figura el pú-

blico es el trabajo que me costó conseguir que el *Diario de Ginebra* aceptase este fúnebre homenaje. El director de entonces rechazó mi artículo para el día del aniversario (31 de Julio) escribiéndome (21 de Julio):

«El público no comprendería que dedicásemos tanto espacio a este suceso, y sobre todo nuestro público francés que ve rojo, al nombre de este gran socialista a quien se acusa—(quizá sin razón)—de haber querido desorganizar al ejército y debilitar la resistencia nacional.»

Yo protesté indignado y con ayuda de mi amigo Leippel mi artículo pasó bien que mal el 2 de Agosto. Pero yo me había marchado de Ginebra irritado, disgustado, agotado. Fuí a ponerme en contacto con la tierra. En Monatte, me rogaron que continuase mi campaña en la prensa, a lo que respondí el 10 de Agosto:

«He querido ser una palanca. Pero necesitaba una piedra en que apoyarme y no la he encontrado en ninguna parte.»

No se crea que mi retirada amortiguó la violencia de los ataques. Se redoblaron encarnizadamente, distinguiéndose *Le Gaulois*. Alberto Guinon, cuyo pensamiento lapidario decoraba el frontón del libelo de Massis, gastó todo el verbo que le quedaba a costa mía; (7 de Agosto) y el viejo Federico Masson me pisoteaba innoblemente en una serie de artículos (18-24 de Agosto). Entraba en la liza con gran estrépito: Pablo Jacinto Loyson. Empezó en Agosto de 1915. No se sabe cuando habría terminado si al cabo de algunos años, la muerte no hubiese dispuesto de su vida. ¡Sin embargo él pensaba disponer de la mía! Su idea fija era destruirme. Jamás le respondí. Eso era lo que menos me perdonó. Pero hizo tanto en contra mía,

escribió tanto a mi costa que acabó por cansar hasta a mis enemigos. El odio tiene todos los derechos y si no los tiene los toma, menos uno: el de aburrir. P. H. Loyson tuvo ese don. Le estoy agradecido.

Trataba yo de olvidar estas maldades, y las otras peores que sufría Europa—en compañía de Spitteler a quien iba a ver a Lucerna; de Einstein que vino a verme a Nevey (16 de Septiembre de 1915); de Sienkiewicz entonces vecino mío y de Alfredo E. Fried, el premio Nobel de la Paz, el amigo y ejecutor testamentario de la baronesa de Suttner.

Y desde el hospital en donde estaba, en el corazón de Africa, en Lambarene, *Gabón Francés* vigilado (¡oh ironía!) por negros al servicio de Francia, el gran alsaciano Alberto Scheitzer me enviaba un abrazo fraternal: «Hasta la soledad de la selva virgen» había llegado el eco de mis artículos; y mis pensamientos, me escribía, eran una de las raras cosas consoladoras en aquellos tiempos...! Combatid bien en un combate en que estoy con vosotros de corazón aunque sea incapaz de secundaros en la posición en que me hallo!»

Pero mi mejor compañero en aquellos tiempos fué el *Prometheus* de Spitteler. Fué para mí el manantial que brotó de la roca. No hubiera podido hallar ningún otro mejor en el mundo que esta alma de Titán de los Alpes para alimentar mi necesidad vital de libertad.

Sin embargo, después de algunos meses de retiro, volví al combate, templado en estos grandes ríos fraternales. Pero éste había entrado en una nueva fase.

No era cosa ya de escribir al *Diario de Ginebra* que bramaba contra la paz, contra el papa, contra Holanda, contra la Misión Ford, contra todos los que trataban de interponerse entre los combatientes. Ninguna re-

vista suiza se me abría a excepción de la pequeña *Revista Mensual* de Carlos Bernard en Ginebra. Pero se me había unido un aliado francés joven y fogoso; era el combate en persona: Enrique Guilbeaux. Llegó de París a Ginebra a principios de Junio de 1915 y en Enero de 1916 fundó la revista *Mañana*. Yo fuí el padrino y uno de los principales paladines. No diré yo que aprobaba siempre su espíritu; era más agresivo de lo que yo hubiera querido y después de estar algunos meses en Ginebra, Guilbeaux tuvo la suerte de encontrar allí a Lenín, Badek, Zinovieff, etc., que eran la aguja de una vía más revolucionaria y que no era aún la mía. El carácter impulsivo de Guilbeaux le lanzaba constantemente a excesos de lenguaje y hasta a imprudencias de acción que nos exponían a comprometer gravemente la causa que defendíamos. Tuve que defenderme contra mis aliados, durante la guerra, mucho más que contra mis enemigos. ¡Cuántas cartas tuve que cambiar con Guilbeaux para rectificar la posición! Pero fuera de esto, rindo homenaje a la lealtad absoluta, al desinterés estoico, al temerario valor de mi joven aliado. Este hombre que fué abominablemente difamado por la prensa nacionalista de Francia y de Suiza y muy mal defendido o traicionado por los socialistas de Suiza y de Francia—(aun no le perdonan, hoy, su intratable intransigencia), finalmente Suiza lo aprisionó y luego lo expulsó; y los procuradores de Clemenceau lo hicieron condenar a muerte, con acusaciones falsas (me dicen que se va a revisar el proceso...! 13 años después!)

Fuera de sus cualidades de valor personal y de audacia de pensamiento, tenía dones de organización. La revista *Mañana* dirigida por él, se elevó desde el primer año a un nivel muy alto de discusión y de documentación. Yo no conozco ninguna revista internacional que la haya igualado durante la guerra. Supo agrupar los nombres y los artículos de los intelectua-

les más libres de Europa: E. D. Morel, Bertrand Russell, Federico van Eeeden; Enriqueta Roland-Holst; A. Forel, Latzko, Fritz Adler, etc., y todos los grandes rusos revolucionarios emigrados. Yo publiqué allí *A la Antígona eterna—Voz de mujer en la refriega, Libertad*—un ensayo acerca de Shakespeare—y en Noviembre de 1916 *A los pueblos asesinados* que abre un nuevo período de mi pensamiento contra la guerra. Estas páginas, sombrío otoño de un año de trágica meditación, en que acompañé en su vía crucis a «Clerambault» fueron leídas primero en un pequeño grupo de amigos franceses que se habían refugiado en Ginebra y luego en Sierre contra la marea de tinieblas sangrientas que cubría a Francia y a Europa: Renato Arcos, P. J. Jouve y André Jouve, Fernando Desprès, Gaston Thiesson, Frans Masereel, Claude Salives, (Le Maguet), la señorita S. Duchêne (ahora la señora A. Roubakine) y mi valiente hermana Magdalena. Tal artículo tomaba entonces el carácter de una declaración de ruptura completa, no ya tan sólo con la guerra sino con la vieja sociedad, con el orden capitalista y burgués, que era su foco. No guardaba ya ninguna consideración. Hacia el progreso de las naciones. Y denunciaba al verdadero fautor: el Dinero.

«En el guisado que hace hoy la política europea, el pedazo más gordo es el Dinero. El puño que tiene la cadena que ata al cuerpo social es el de Pluto. Pluto y su banda. El es el verdadero amo, el verdadero jefe de los Estados. El es el que hace de casas de comercio sospechosas, empresas dudosas... Los pueblos que se sacrifican, mueren por las ideas. Pero los que los sacrifican viven por los intereses. Toda guerra que se prolonga se afirma cada vez más que es una guerra de negocios, una guerra por el Dinero.»

Lo que entonces era verdad lo es hoy cien veces más. Hoy el dinero domina y avasalla a la paz del mundo, como ha dominado y avasallado a la guerra. Volverá

a hacer la guerra, una, diez guerras, mañana, si quiere; pero, (añadamos hoy muy alto), si quiere también la Revolución. Pues ahora, es ella la joven, fuerte y armada. Y vela a las puertas.

En Noviembre de 1916 la veía venir y la llamaba. Pero preveía también con dolor, el odio que engendraría, y la ruina fatal de Europa. . . .

« . . . ¡Adiós, Europa! . . . Pisas en un cementerio. Ese es tu sitio. ¡Échate! ¡Y que otros conduzcan el mundo!»

Y lo fechaba:

—«2 de Noviembre, Día de los Difuntos de 1916».

En aquella fecha, aun no había empezado la Revolución. Pero se incubaba bajo la ceniza en toda Europa. En Francia se había recobrado una minoría obrera. Yo había recibido un memorial de una fracción de la G. G. T., que me había traído Merrheim, al dirigirse a Zimmerwald (5-8 Septiembre 1915). Siguió Kienthal (fin de Abril 1916) en donde Lenine había hecho un poderoso llamamiento a la lucha de clases y a la Revolución del proletariado. Hasta de los ejércitos franceses llegaban a mí terribles rugidos. Yo estaba muy lejos de asociarme a ellos. Pues estos furros elementales no tenían ninguna doctrina, ninguna organización, ningún jefe que los guiase. No podían conducir en Occidente más que a destrucciones estériles o a pronunciamientos militares como en la América del Sur. Yo los condenaba en mis cartas a Guilbeaux. Y dudo que el mismo Lenine los hubiese animado: pues los jefes más atrevidos, los más dispuestos a la acción, odiaban precisamente, la acción desorganizada.

Pero en Marzo de 1917 estalló la gran novedad. El viento del Norte, cargado de esperanza, la arrastraba

por las calles de Ginebra. La áspera brisa de la ciudad de Calvino, a pesar suyo, traía el soplo de la primavera roja... Rusia había roto sus cadenas y una carta que me enviaba Gorki, se interrumpía en el centro para lanzar el grito de las nuevas Pascuas: ¡Cristo ha resucitado!...» Me abraza por encima de la Europa en guerra, y todos los franceses libres, nos levantamos en Ginebra para responder, como al beso de pascuas rusas: «¡Ha resucitado de veras!» Yo escribí para el folleto que editamos juntos, la llamada: *A la Rusia libre y libertadora* (1.º de Mayo de 1917).

Otros espíritus libres, en el mismo foco del capitalismo imperialista que alimentaba la guerra, en los Estados Unidos de América, eran atraídos como nosotros, hacia la Revolución rusa: Max Eastman, y su revista *The Masses*,—cuyo principal redactor con él, John Reed, sería algunos meses después el cronista de la Revolución de Octubre, y cuyo cuerpo reposa al pie del muro del Krenlin, cerca de Lenine. Les tendí las manos. Por primera vez hice, en un artículo, el proceso de la prensa suiza, que, con una culpable falta de imparcialidad, ahogaba o denigraba todos los esfuerzos desesperados del mundo para poner fin a la carnicería nacional (oposición inglesa, minoría socialista y sindicalista francesa, prensa independiente de los Estados Unidos, Revolución rusa). Siente uno estremecerse en sus páginas la revuelta «de los hombres que han quedado libres, de los que, de la cárcel de Europa a la cárcel de América se estrechan la mano por encima del Océano y de la locura humana más inmensa que el mar.»

Poco después, tomaba yo la defensa del heroico E. D. Morel, preso en Inglaterra, en condiciones odiosas por la ridícula acusación (falsa desde luego) de haber querido enviarme a Suiza uno de sus folletos políticos. (Seis meses de duro cautiverio bastaron para llevarlo a la muerte, prematuramente). Luego hice eco al

Fuego de Henri Barbusse, esa brillante acusación contra el viejo mundo homicida hecha por el «proletariado de los ejércitos.»

Al mismo tiempo, dejaba oír el sufrimiento y la rebelión del otro lado de las fronteras, en el frenesí de un Latzko (*El hombre del dolor*), en la bíblica melancolía de un Stefan Sweig (*Jeremías*), y en el implacable análisis científico de la guerra por el profesor Nicolai. Saludaba yo con el título de *gran europeo* al valiente sabio alemán, perseguido y encarcelado, indicando que ya no me limitaba a la unidad europea, y que quería que entrasen en mi *paz mundial*, Asia y América, toda la humanidad.

Volví sobre el mismo tema del *más allá de Europa, el Panhumanismo*, en el artículo del 15 de Marzo de 1918: *por la internacional del espíritu*. Tuve cuidado de precisar que yo no quería sostener la causa de una selección de intelectuales, sino la de los pueblos. «la internacional de la cultura, pero no para los solos privilegiados».

Desde Octubre de 1917, la revista *Mañana* había acentuado su orientación social. Guilbeaux, que hubiera querido acompañar a sus amigos de Ginebra, los jefes bolcheviques, en su éxodo a través de la Europa en guerra, para llevar a Petrogrado la llama de la Revolución, había hecho de su periódico, su tribuna en la Suiza francesa. Allí encontré, repetidos los nombres de Lenine, de Trotzki, de Kameneff, de Rakovski, de Radek, de Kalinine, de Zinovieff, de Lounatcharsky, de todo el estado mayor que estaba derribando el viejo mundo. Los secundaba atrevidamente, y su *Demain* ofrecía una documentación única en lengua francesa sobre los acontecimientos de la Revolución.

Yo no le acompañaba en ese camino sino como es-

pectador imparcial que simpatiza con la grandeza de los héroes y de los altos fines que se han asignado, pero a quien repugna la violencia sangrienta de sus medios. Yo no era un hombre de acción; era un hombre de pensamiento, y estimaba, que mi deber era esforzarme en mantener el pensamiento de la Europa, puro, libre, e independiente de todos los partidos. Lenine hubiera deseado, en Marzo de 1917, arrastrarme con él a Rusia, y Guilbeaux me llevó su mensaje; pero me negué a ello. En aquel momento, no quería yo comprometer, en lo que juzgaba, equivocadamente, una mezcla de partidos políticos, mi papel de vigilante intelectual, «au-dessu de toutes les mêlées». Hoy tampoco lo juzgaría oportuno. No había visto aun el fondo, como lo veo, de la ideología burguesa, aún la más noble,—o más bien, no había sondeado aún perfectamente, como lo hice después, a esta triste especie que se llama «la élite intelectual», hasta cuando se adorna con el rótulo *internacional*. Yo le suponía un carácter, un valor cívico, una intrepidez en la búsqueda y en la defensa de la verdad, que con rarísimas excepciones no tiene. Habla mucho de la verdad, pero la verdad está muy lejos de su temperamento; pone la verdad a su servicio, pero enmascarada y cubierta de colorete. Los escritores más estetas emplean a la verdad como a una muchacha, para atraer al público. Aunque yo había ya, con Juan Cristóbal, echado a la alcantarilla, a los chulos de la Feria en la Plaza, no sabía aún, no quería saber lo que luego supe. Me obstinaba en esperar una *élite* europea «mejor» entre una valiente minoría de intelectuales que fuesen los apóstoles intransigentes y resueltos de *La Independencia del Espíritu*, y a ellos se dirigían los últimos artículos de *Los Precursores*; a agruparlos es a lo que tiende la *Declaración* de la primavera de 1919, que cierra el libro y que firmaron centenares de grandes intelectuales del mundo entero.

Pero se notará que en la misma redacción de esta Llamada, mi pensamiento sobrepasa a la *élite*, o quiere ponerla al servicio «del Pueblo universal que sufre, que cae y que se levanta siempre y que siempre avanza en el rudo camino empapado en su sangre».

Y en la nota de Junio de 1919, en comentario a mi *Carta al presidente Wilson*, en que le rogaba que tomase «la causa, no de un partido, sino de todos los pueblos», proclamaba yo, con la quiebra de Wilson, «la ruina del gran idealismo burgués».

Mis miradas se volvieron hacia los trabajos de Hércules, con que la joven Rusia de los Soviets iba a romper los repliegues mortales de la hidra ignominiosa que la apretaba. Había dirigido al *Populaire* una carta en la que censuraba la intervención militar de la *Entente* contra la U. R. S. S. y afirmaba mis «sentimientos de solidaridad internacional con el bolchevismo ruso». Y la última línea de los *Precursores*, que deplora que no figuren en mi lista «nuestros amigos de Rusia de quienes nos separa el bloqueo de los gobiernos», declara sin ambajes que «el pensamiento ruso es la vanguardia del pensamiento del mundo».

La experiencia trágica de esos cinco años (1914-1919), tal como se imprimía entonces en mi espíritu y que la refleja el espejo de mis dos libros: *Au-dessus de la Mêlée* y *Los Precursores*, se termina, pues, hacia mediados de 1919, en un estadio de espera. Por una parte, mantengo la esperanza de construir una *Burg* del espíritu internacional, sin fronteras, sobre los cimientos del individualismo libre, lúcido e intrépido. Por otra parte, la aguja de la brújula marca el Norte, el fin hacia el cual marchan las vanguardias de Europa, los heroicos revolucionarios de la U. R. S. S., la reconstrucción social y moral de la Humanidad.

La experiencia no ha terminado. Contaré la continuación otro día. Diré cómo, para levantar mi *Burg* del espíritu libre, me han faltado los cimientos,—los

hombres libres—. Referiré cómo, (aparte de un puñado de independientes) casi todos han abdicado. Diré cómo, a falta de Europa, he hallado en el Mahatma de la India, un renuevo poderoso del Espíritu libre, y nuevas formas de acción. Luego, como la marcha misma de los acontecimientos, esa *Anagke* que Marx redujo muy estrechamente a la ley de hierro del materialismo económico, escindiendo el mundo en dos campos y ensanchando de día en día el foso entre el coloso del Capitalismo internacional y el otro gigante: La Unión de los trabajadores Proletarios, me ha conducido, fatalmente, al lado de la U. R. S. S. Esta no ha sido una marcha sin fatigas. Y el viaje no ha llegado a su término. ¡Pero vale tanto como los de Sindbad el Marino! Y cuando haya llegado al fin, diré: —«¡Bendito sea el descanso! Duerme cabeza mía! ¡Dormid pies míos! Habéis trabajado mucho. El camino era duro y accidentado. Pero fué hermoso, a pesar de todo. Merecía la pena de ensangrentarse en él.»

Villeneuve, Suiza, Estío 1931.

ROMAIN ROLLAND.

(Exclusivo para *Atenea*, en Chile.)